

2013

See you later, alligator

Leonardo Aguirre

Follow this and additional works at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti>

Citas recomendadas

Aguirre, Leonardo (April 2013) "See you later, alligator," *Inti: Revista de literatura hispánica*: No. 77, Article 44.

Available at: <https://digitalcommons.providence.edu/inti/vol1/iss77/44>

This Creación is brought to you for free and open access by DigitalCommons@Providence. It has been accepted for inclusion in *Inti: Revista de literatura hispánica* by an authorized editor of DigitalCommons@Providence. For more information, please contact dps@providence.edu.

LEONARDO AGUIRRE

See you later, alligator

Es la noche más oscura:
de café, la taza pura.
No es cortado sino expreso,
bien amargo, bien espeso.
Es un mix o blend o mezcla
de variantes muy diversas:
siempre tengo el de Satipo
y, hace poco, en Monterrico
(es el rioba donde vivo)
elegí del supermarket
unos tres o cuatro empaques.

Este cúmulo de granos
y un exótico cigarro
(me afané los rubios fayos
en un depa de Barranco
este jueves, el pasado,
cuando el dueño se iba al baño;
además, también confieso
que en el ñoba estaba Ezio),
el pitillo y el expreso
(vuelvo al punto: me desvié)
consumí como a las diez,

a las diez del día de ayer,
al teclear el plan, boceto,
de un futuro mamotreto.

En el Word ya redactaba
(o perdón: sólo jugaba)
cuando en eso, de repente,
me suprimen la corriente.
(Luz del Sur, en un reporte,
anunciaba lo del corte,
pero, estricta, mi sirvienta
en los tachos todo avienta.)

Putra madre, qué tal joda,
¿cuánto espero y hasta qué hora?,
increpé a los inocentes
lamparines, fluorescentes.
Como nunca oí respuesta,
fui a jatear a pierna suelta
con la cara frente al techo,
con las manos en el pecho,
y engranados los diez dedos:
posición de muerto fresco.

“Una historia para Víctor”
era el título de archivo,
bajo el cual, en burdas frases,
barajaba personajes
con sus fachas y sus nombres,
vestimentas, dejos, voces,
muchos datos en desorden.
Nada más constaba entonces
cuando ayer, a golpe de once
(i. e.: lunes veinticuatro),
se detuvo mi aparato
por la falta de energía
en mi casa y las vecinas.

Pero, en fin, a lo que voy
es que justo el día de hoy,
al prender mi antigua lap
(como sea, es una Mac),

era casi hora del té
 (no lo bebo: es un cliché);
 y a las ocho de la noche,
 con mi texto y con mi coche,
 me esperaba el men de Lustra
 (Víctor Ruiz, por si las dudas)
 para dar una lectura
 en el Centro de Cultura
 de española jefatura.
 (Es el “Centro Cultural”:
 acomodo la verdad
 si rechina o suena mal.)

En dos horas, como es obvio,
 un ensayo es lo más propio:
 un ensayo, experimento,
 que después del pulimento
 llegará, capaz, a imprenta.
 (Pese a críticos de prensa
 que juzgaron mi obra entera
 y fondearon el conjunto
 en el mar de lo inconcluso.)

La cuestión, digo en resumen,
 es que acá se agolpan, unen,
 varios sueños de ayer, lunes.
 Y otrosí digo disculpen
 si se ve que mi costumbre
 no es la rima ni es el verso;
 si no mido los acentos;
 si parece que, al revés,
 habla el cuy del BCP.

* * *

Es en plena madrugada
 (pleno REM o pleno MOR)
 que mi cel bajo la almohada
 mueve el catre en un temblor.
 Vibra, estalla y me revienta
 las orejas hasta el fondo,
 y en el acto me despierta
 con la letra de Glass Onion.

(Siempre Beatles en mi cel:
John o Paul o George o Ringo;
cambio el tono cada mes,
cada mes un nuevo ringtone.)

Tiembla, chilla, el bruno Samsung
con el tema del White Album,
y me agarra prosternado
(no en el suelo sino en pasto),
y, en el borde del camastro,
con los codos incrustados.
(No es mi cuarto, es una loma
rebosante de palomas
que, al cagar, suben las colas;
y, estampadas en la colcha,
chupan fresas, bajan tocas,
pestañean cien madonnas:
nada es real en esta alcoba.)

Suena, dije, mi armatoste
y me pesca echando el bofe:
exploraba las honduras,
los rincones de mi Lula,
al estilo Michael Dúglas
(Dóglas, Dáglas, como gusten).
Y a cualquiera que pregunte:
¿quién es ella, a quién aludes?,
le contesto: Lula es Lourdes,
sí es que aún no lo deduce.

Lula o Lu, la trujillana,
fue la chica Pepsi-cola;
no era Lo, no era una ñana,
Lourdes era una señora.

Y si Lula es una dama,
yo intenté ser caballero:
le cambié de nombre o chapa
en dos párrafos obscenos:
una vez le puse Fa,
no recuerdo el otro mote;
no me pidan revisar

ni el Manual ni Karaoke.

Pero al grano: ronca John,
y constato que, en rigor
(eso pienso en el minuto),
quien me canta es un difunto.
Y después también sostengo
que, si al cabo ha muerto Lennon
(se fugó con la calaca),
pues la morsa no era Macca.

Y, de vuelta, me desvié.
La cuestión es que a las tres
me resbalo del sommier
y aterrizo en el parqué
por buscar el negro cel.

No es tan cierto, sin embargo,
no es veraz lo que se apunta,
porque fue a las dos y tanto
que dañaba mi columna:
la mentira es por el guiño
a la noche más oscura
del epígrafe de Niño.
(Corrección: de Niño no era,
mucho menos de Dormani;
lo leí por vez primera
en la prosa de Don Francis.)

Como sea, yo respondo.
Y a lo lejos, en el fondo,
hay rumores que anticipan
a la voz del tipo (¿tipa?),
y que noto semejantes
a la brisa sibilante,
al graznar de las gaviotas,
a las aguas espumosas.
(¿Y a estertores de una morsa?)

Mientras él o ella tarda
preparando la garganta,
verifico si este fono,

este número que ignoro,
 ha sonado en estos meses:
 puede ser, tal vez me entere,
 de una jerma que cancele
 novios firmes y fonavis:
 Zully, Pattie, Pao, Maggie,
 y un etcétera de cuscas.
 (Palma escribe: pelanduscas;
 para Bryce: unas marocas;
 huachafitas: Vargas Llosa.)

No es amante ocasional;
 en rigor, no es una jerma.
 Es un hombre al celular
 y no sé quién es el menda:
 ¿será usted, Señor Leonardo,
 un adú, compinche, amigo
 del señor llamado Carlos
 que apellida Yushimito?

Lo correcto y afinado
 —en seguida le retruco—
 es decir quién ha timbrado:
 ¿no es acaso lo más justo?
 Y el sujeto me responde
 —neutro, plano, sin euforia—:
 lo importante no es mi nombre,
 lo que importa es esta historia.

¿Cuál será —le digo— el cuento
 que me ofrece un N. N.?
 ¿Quién joroba cuando sueño
 como un tronco y como un nene?
 (Y mascullo para mí:
 ¿cómo intenta interrumpirme
 cuando casi estoy a un triz
 con mi Lula de venirme?)

Le informaba, Don Leonardo
 —no se arredra este fulano—
 que un señor de nombre Carlos,
 Yushimito, y del Valle,
 fue encontrado en una calle,

una calle arequipeña,
tras golpearse con las peñas,
tras hundirse entre las olas
que, pasando de la costa,
se colaron en las casas
y acabaron en la plaza.
No me creo lo del chino
y le cuelgo el celular.
Aunque, cerca de las cinco,
otra vez mi Movistar
me acribilla los oídos
disparando Glass Onión
(el acento se ha movido
porque así pronuncia John).

Y si Lennon me despierta,
no solloza una guitarra
(del White Album, otro tema):
llora en boca de otra guarra
con espasmos mi trompeta.

Esta guarra ya no es Lula,
de Trujillo no procede.
Quien se aferra de mi tuba
es itálica en papeles
y redonda por las grupas.

Una pera, una redoma,
con 10 puntos la new roman:
esta vez coge la posta
(que, inflamada, es una antorcha)
Caterina o su recuerdo
(no se pierdan: es un sueño).

Pero, a veces, era Cate:
esas veces que, en el catre,
al igual que de sus letras
despojábase de prendas.
Y otras veces, en el chat,
se apodaba como Cat
(en el chat o en el correo).
“Tania Kerr” incluso leo
en la página ocho-cinco

del segundo de mis libros.

Dicho esto, lo presumo,
no se capta lo de Tania.
Ahora mismo, sobre el pucho,
les explico lo del alias:

Tania Kerr es la new roman
si, al jugar con “Caterina”,
una C por K se torna,
una R se duplica,
y la serie se deforma
o en dos nombres se desgrana:
una gringa es la que aflora
tras urdir el anagrama.
Regresemos, sin embargo
(como siempre, me distraigo)
al chirriar de mi prepago:
tras dos horas de descanso
(por los golpes en el cóxis),
la pantalla de mi móvil
titilaba con la clave
que le puse a mi compadre
en virtud de un personaje
cuyo miembro, al desplegarse,
ondulante, circundante,
roza techos y rincones
y, de nuevo entre sus boxers,
se recoge cual pionono:
“el ubicuo” está en mi fono.

No me llama desde USA,
no fonea desde Cuba,
ni tampoco de Mallorca:
Ezio Neyra, en una fonda
o chingana de Arequipa,
apurado me confirma
lo que dijo el N. N.
a las 2 o 3 a. m.

El Ubicuo reproduce
la noticia que difunde
esa radio que conduce

un pariente del Marqués
(pero éste, vid. El Pez,
lustra el piso con aquél):
una tanda de temblores
arrasó con tres islotes
—no precisa cada nombre—
de Japón o alrededores.

Y, de paso, en esas islas
—Ezio añade con malicia—
habitaban unas tías,
un abuelo, siete primos
y lejanos Yushimitos,
aunque Yushi, tan ingrato,
nunca pudo visitarlos.

Pero, bueno —continuaba—,
justo ayer por la mañana,
el tsunami consecuente,
de las islas procedente,
recorrió medio planeta,
rumbo a costas camanejas,
y arribó con fuerza tal
que inundó la capital.
Y aquí estaba el pobre Carlos,
quien de Brown había venido
pues lo habían convocado
(telo, avión, todo incluido)
a leer ese relato
tan famoso y repetido
(tú ya sabes de cuál hablo)
con disfraz de cocodrilo.
Recitó, bebió ronaldos,
chelas, cañas, vodkas, vinos,
y hasta el canto de los gallos
(era lunes, no domingo)
se embriagó con poetastros.
En un bar cayó rendido
con el traje de lagarto,
y el disfraz, grueso, macizo,
le impidió zafar volando
al oír el mar bravío
(ni volando ni reptando).

Cuando el mozo dio el aviso,
se escurrieron esos bardos
mientras Yushi, confundido,
se liaba con el fardo.

El sepelio es este martes:
es hoy mismo, reza el parte.
Y si vienes, como espero
(no están caros los boletos),
al pisar el aeropuerto
te recojo si foneas.
Pero antes considera
(ve craneando desde Lima)
que conviene una mentira:
al papá nunca le digas
que chambeas escribiendo,
pues me soplan que al entierro,
no entrarán los narradores
ni poetas ni editores
porque un hombre de uniforme
prohibirá que quien escribe
al cadáver se aproxime.
En la mente de sus padres
los que escriben son culpables.

En mi caso, por ejemplo,
—Ezio acaba, muy sincero—
he planeado como invento
argüir que soy modelo
de una firma que hace forros
y que paga por las fotos
un salario muy proficuo
(ya conoces al ubicuo).
Cuelga Neyra, cuelgo yo.
Busco chanclas en el suelo
—sólo hay una, no las dos—
y en un tímido tanteo
hurgo párpados, pupilas,
con los nudos de mis manos.
Voy al baño a hacer la pila,
me refresco en el lavabo.
Por el corte de energía
no me orienta sino un rayo

que descende de la luna
como un chorro nacarado
en la noche más oscura:
es apenas un cortado.

Todavía somnoliento,
al espejo inclino el rostro
y, en la bruma de mi aliento,
no descubro ni el esbozo
de nariz, ojos o boca.
Muevo dedos perezosos
y las yemas que desbrozan
el encuadre vaporoso
me revelan una playa
enterrada en nubes grises,
sin sombrillas, coolers, toallas
(no es un réclame de Pilsen),
y mujeres enlutadas
que ora rezan, ora gimen.

Poco a poco me introduzco:
lentamente y sin apuros,
con sorpresa, no con susto,
con pijama y no de luto.

En la grave ceremonia,
entre llantos y salmodias,
me recibe Daniel Soria.
Fuma Incas, va de frac,
carga en lomos un costal
que parece sleeping bag.

Lo saludo, palmoteo,
y en seguida le comento:
dicen que olas colosales
se alejaron de los mares
y ahogaron al colega
que bebía en la taberna
con la crema de la crema
de la blanca ciudadela.

No sé cuál será tu fuente
–Soria el Inca chupa, muerde–
pero hay otras convincentes
–silba el humo entre los dientes–.
En versión de tres presentes,
al evento concurrentes,
el insólito accidente
ocurrió dentro de un yate,
propiedad de los magnates
del negocio de los gallos
que también cubren los gastos
de fanzines characatos.

Y fue a bordo del velero,
varias millas mar adentro,
que, de cara contra el viento,
con la espalda en una borda,
sin papel o ficha o nota,
recitaba Yushimito
el relato susodicho
(se sabía el cuento Seltz
al derecho y al revés).
Y a mitad de la función,
por detrás del relator
(aunque frente a los escuchas),
persiguiendo un par de truchas,
un caimán trepó a cubierta,
con mandíbulas abiertas,
y, aferrado a la entepierna
de tu causa, tu chochera,
descendió con él de presa,
se perdió con la marea.
No mordió lo más sensible,
pero entiendo que la ingle,
donde lleva un ideograma,
recibió las dentelladas.

Y fue ayer, al mediodía
(ayer, martes, te decía),
que lo vieron en la orilla:
todo el cuerpo era una herida,
y verdosa era la carne
como el polo de Green Lantern

que, horas antes de morir,
destacaba en su perfil.
(He chequeado el face de Yushi
atestado de mil groupies.)

Interrumpo al fumador
mientras pienso y no decido
si su look de enterrador
es un frac, terno, tuxedo:
No me cuadra lo que aduces.
¿Cómo diablos un caimán,
que deambula en agua dulce,
viene al mar de Camaná?
¿Y ese floro del tsunami?
¿Qué refiere su papá,
qué versión sabe su mami?

Si conversas con la novia
que nació en un pueblo vasco
—me sugiere Daniel Soria—,
entre mocos y gargajos
contará la misma historia:
la sangría por los tajos,
los tatuajes en el muslo,
el ataque de un lagarto.
Y además tampoco dudo
pues, de acuerdo con los tombos,
el oleaje que produjo
en Japón un terremoto
trajo, en medio del esputo,
de rincones muy remotos,
toda clase de animales,
tan violentos como ignotos,
criaturas demenciales.

¿Y qué cuelga de tu espalda?
¿Las Nocturnas Tres Heridas?
¿Cuántas tienes, cuánto marcan?
¿Te han quedado todavía
a pesar de que posteabas
que con ron y gasolina
se quemaron en Makaha?
(No preví lo que vendría:

era broma, pura cachá.)

En la bolsa tengo leña,
damajuanas de buen pisco,
los carbones, ramas secas,
los mecheros y hasta el Zippo.
Me rogó la parentela
–Soria suelta el cigarrillo,
con un pie lo pisotea–
iniciar el estallido
o incendiar esa chalupa
donde duerme Yushimito,
que, a la par, será la tumba
de su cuerpo y de sus libros.
Tal será su crematorio:
con los libros que ha vendido
y otros más de su escritorio.

Oye, Soria, ¿y el yungay?
¿No chismeaban que un conserje,
vigilante o guachimán,
cuidará que no se acerquen
prosadores o poetas
a la playa del sepelio?
¿Era firme o era treta?
¿No te ha dicho nada Ezio
de una lista, lista negra?

El Ubicuo dice bien:
es un rollo, es un papel,
una nómina tan larga
que parece la de Granta.
Positivo, Don Aguirre:
sólo a Yushi le permiten
el prestigio del que escribe.

Es por eso que, obligado,
a los papis he jurado
que mi oficio es baterista
aunque el grupo ya no exista.
Y, asimismo, otros escribas
han paseado a la familia
con argucias semejantes:

verbigracia, por su parte,
Quasi es trainer del Gold's Gym,
Trujo atiende un cafetín,
peluquero es Bellatín.
Un burócrata es Prochazka,
Diego Trelles, un cineasta,
cría perros Don Galarza.
Paco apuesta con caballos
con los chuchos del mentado,
con iguanas de Fajardo.
Vicco vende panetones,
Ezio vende suspensores.

Daniel Soria se disculpa
pues un tipo en polo rosa
de ridícula estatura,
apostado en una roca
y delante de una turba,
lo requiere, lo convoca,
con denuestos y lisuras.
Y es que a Soria no le toca
ser el jefe de la lumbré:
se colige que quien ronca
es el vate de El Derrumbe
y también de Rotación,
invitado porque funge
de barrista de Sport Boys.
Mas no es hora del incendio:
el programa del sepelio
nos anuncia que un obispo
(un pastor, si no es lo mismo),
con un terno blanquecino,
de una Biblia premunido,
sin zapatos pese al frío,
y un cigarro que, solapa,
cuelga cerca de las nalgas
(mas, a leguas, noto el fuego
y, por último, lo huelo),
pedirá de Dios consuelo
con potente voz de trueno.
(Ese traje es el de Lennon,
pies y fayo, de McCartney,
al cruzar la calle Abbey

por el paso de la cebra.)
 El rebaño se congela,
 todos paran de sufrir,
 porque, atrás del negro atril,
 coge un micro para orar
 el pastor pentecostal.
 (Ora en trucho portugués,
 al estilo RBC.)

Aprovecho que el responso
 los mantiene casi en trance
 y me acerco, por morboso,
 a la barca sin velámen.
 Fisgoneo, cuidadoso,
 la mortaja o el atuendo
 de volúmenes en trozos
 pegoteados a su cuerpo;
 y me fijo que, en sus ojos,
 entre pómulos y cejas,
 encastraron como adornos
 dos medallas, dos monedas
 (¿cobre, bronce, plata, oro?).

Pero en mi alma entró El Inicuo
 (no confundan: no El Ubicuo)
 como a Judas, reza Juan,
 poseyó también Satán
 (vid. el último evangelio).
 Esto es, un sacrilegio:
 amparado por el cura
 y la noche tan oscura,
 con los dedos de mi zurda
 (pues la diestra, en los cornetes,
 me defiende de la peste)
 me levanto el par de lentes
 y me largo impunemente.
 Abollado en la cadera,
 y sin una hawaiana,
 voy cojeando por la arena,
 eludiendo cada trampa.
 Prendo el cel en las tinieblas
 y es un faro la pantalla
 que rebota, reverbera,

con destellos esmeralda,
entre conchas y botellas,
sobre huesos de manzana.

Al rastrear como sabueso
el camino de regreso
(a mi baño y al espejo),
con la luz de verde intenso
se me ocurre sacar cuentas
del botín de las dos cuencas.

El fulgor del artefacto
me revela el monto exacto
y también el material:
no es de Judas el metal
y, sabiéndolo, maldije.
La fusión de cobre y níquel,
a pesar de que la imite,
no es argento, nunca es plata.
Estas piezas, perras, blancas,
no le sirven ni al piraña
que me limpia el parabrisas:
la monedas son dos chinas.

Las arrojó lo más lejos
y del mar el chapoteo
se difunde con mil ecos,
se amplifica, se potencia:
el prelado se silencia.

Por la pausa en el sermón
de canoro portuñol
se despiertan del sopor
las decenas de asistentes:
los vecinos, los parientes,
los de Brown y de San Marcos
y la sarta de infiltrados
que no fueron indexados.

Y cubriendo ese vacío,
de mi móvil el sonido
los incita, los impulsa,
con siseos de repulsa,

a girar chimbas y nucas
 al origen de la bulla.
 En el móvil delator,
 que se oyó quizá en Japón,
 canta Lennon, lo repito,
 mas ahora es otro disco:
 es del Sargeant, no del White,
 la canción Lucy in the sky.

Los arreglos en el Hammond
 me transportan, por ensalmo,
 a otro tiempo y otra escena,
 y agradezco que suceda
 ya que viene la caterva
 que, furiosa, me condena,
 que me insulta, vocifera,
 a la orden de un colega.
 (No distingo a la cabeza:
 ¿Quasi, Vicco, Soria, Neyra?)

Imagínate a ti mismo
 en un bote y en un río
 (algo así canta John Winston),
 y tal cual, en ese instante,
 soy también un tripulante
 de una lancha que no arde
 (o capaz arda más tarde).

Con sus nubes o marshmallows
 calcinados en parrilla,
 este opaco y hosco cielo
 no me ofrece una rendija
 para ver algún lucero.
 Y este río de compota,
 de tan turbio, de tan denso,
 frena, traba, la canoa
 que, por bronco balanceo,
 es caballo-mecedora
 (un juguete que, recuerdo,
 me compraron en Tacora).

No sorprende que no avance
 en ausencia de las velas;

no sorprende que se arrastre
sin ventisca ni galerna.
Pero si algo me sorprende
es saber que alguien maneja,
pues he visto a un tipo al frente
que, aunque rema, no navega.

Voy sentado en un extremo,
y el inútil va en el otro.
Me separan del barquero
siete metros, casi ocho.
No se ve sino el trasero,
la joroba, espalda, dorso,
y, a pesar de tantos metros
que separan ambas puntas,
se comprueba que no hay pelos
ni en mollera ni en la nuca,
y que vibran los sarmientos,
con podridas, corvas, uñas,
que atenazan los maderos.

Como el viejo no da vuelta
y la cara no me muestra,
recupero, rememoro,
lo leído en esos tomos
que componen la Commedia
(¿o leí la Wikipedia?)
y con eso juzgo trazas
del que rema en la barcaza:
todo apunta y corresponde
a la imagen de Caronte.

Por jurar que la Commedia,
motejada “la divina”,
se titula la epopeya
de un cantor renacentista
(olvidaba la edad media),
un anciano especialista
remitió cartas y esquelas,
denunciando aquella pifia,
al decano de la prensa
donde yo era reseñista.

Un amigo, en su novela
–una tapa con gallinas–,
recordó con burlas veras
esta errata de mi vida.
(No diré que fue Ezio Neyra.)

Pero, en fin, volviendo al barco
(no se amosquen, ya concluyo),
satisfecho por mi hallazgo
(no tomó ni diez segundos),
me deslizo hacia la proa
con la idea de tocarle
al chofer de la canoa
en el hombro y preguntarle
(¿en toscano, luso, chino?)
si es el mismo figurante
de Alighieri o de Virgilio.
A centímetros del hombro
me reprimo del asombro
pues el traje ya no existe
y su piel apenas viste
(un decir: es puro hueso).
No esperaba un flaco abuelo
con calvicie, todo en cueros:
¿no es Doré quien lo dibuja
musculoso, con peluca,
y un pañal o gasa o trusa?

Mas el viejo se voltea
(no lo toco: de cazuela),
y nos vemos cara a cara.
Anagnórisis llamaba
mi maestro de teatro
(en un ciclo de la Cato)
a este instante capital:
ahora puedo constatar
quién es este capitán.

Mientras capto sus pupilas
diminutas, escondidas
(de un botón los agujeros),
puedo ver, de un parpadeo,
el excéntrico tatuaje

de la ingle sin pelaje
(a la vez, de forma oblicua,
se la mido y no es ubicua):
el que tiene calvo el pubis
no es Caronte sino Yushi.

Con el cúbito tensado,
lo saludo a varios palmos;
ya fijada la distancia
(no es frialdad sino elegancia),
lo fastidio con la encuesta
sin temor por las respuestas:

¿Esto es río, mar, laguna?
¿Se conecta, se vincula
Camaná con el Estigia?
¿Es que sueño como Alicia
o es el flujo subconciente?
¿Soy el único durmiente
o también estás soñando?
¿Y si acaso somos ambos
las visiones de un tercero?
¿Dónde queda el paradero?
¿Cuánto cuesta, cuanto vale,
cuánto cobras por pasaje?

Si se trata del importe
—sólo eso me responde—
al barquero se le paga
lo que lleves como gafas.
No con cuadros, discos, cuentos,
no te sirve tu talento:
en la vida ultraterrena
se prolonga el cruel sistema
y requieres de monedas.

Lo anterior no es de mi pluma
—sigue Yushi, me susurra—
pues aquél que me precede
lo repite veinte veces
al que trae sus pinceles,
instrumentos o papeles.

Pero hablemos de mi caso:
el detalle es que hubo un robo
–continúa con enfado–
y arribé con vacuos ojos
a este wáter, cloaca, lago.
Y si al hombre del despojo
–chupo el aire, me lo trago–
nadie vio, ni yo tampoco
–lo despido, lo descargo–,
conjeturo que la hiena,
el autor de la ignominia,
es autor, autor a secas:
muchos eran chupatintas
aunque mientan a mi vieja
y se salven de la lista.

Sin embargo, el punto, el tema,
olvidando al anatema
–eso, Yushi, no te apartes–,
es que el viejo navegante,
sobre todo: comerciante,
ordenó que así le pague,
no con plata: con jornales,
y que pronto lo reemplace
como guía en este viaje.

Lo comprendo: fuerte y claro,
Es patente que enseñabas
a los gringos castellano
y que a veces redactabas
historietas para niños.
(Pero no las publicabas:
que lo diga Coronado.)

Menos clara me resulta
la razón de tus arrugas,
de la giba en tu columna,
de la calva que reluce,
de los huesos que te crujen.
¿No fue cosa de ayer lunes
ese trágico suceso
que devino en tu deceso?

Nuestro tiempo –Yushi ríe–
 es de goma, jebe o chicle.
 Acostúmbrate al Seol,
 inframundo, Twilight Zone,
 purgatorio, limbo y Hades
 (como quiera que lo llames):
 un milenio es casi un día,
 un milenio es una chispa.

¿Y hasta cuándo, dime, Chino,
 seguirás en este oficio?
 ¿Cuánto más, en este mundo,
 vagarás, de tumbo en tumbo,
 y remando inútilmente
 si no hay viento ni corriente?

Tu pregunta, amigo Leo,
 es precisa y la que espero.
 Y no obstante mi perfil
 (soy de Brown, de la Ivy League,
 donde igual estudia Neyra),
 no me fio de la Eneida
 ni tampoco de divinos.
 Antes bien, recuerdo el mito
 que, una noche de domingo,
 escuchaba de John Hurt
 a través de algún canal,
 por el año ochenta y nueve.
 ¿Nunca viste por la tele
 el programa Storyteller?
 Lo resumo en versos breves:
 me libero de este oficio
 cuando suba el otro misio.

¿Otro misio, mi estimado?
 ¿No dirás “otro finado”?
 Ese trato que tú has hecho,
 con el capi, con el fercho,
 no le incumbe a seres vivos.
 A otro perro, Yushimito,
 con el hueso de Caronte:
 ¿qué no ves que soy tan joven?

Me provoca carcajearme
y a la par también lamento
tu destino inevitable
–Yushi goza y, al momento,
se contiene, se compone–.
Risa y pena por un cuento
(hice cuentos por montones)
remitido a Dedomedio
en el cual un editor
que, cansado del asedio
y exigencias de un autor,
finalmente halla remedio
en un bote y en el Llauca
con un palo, con un remo.
Se colige que lo embauca
ofreciéndole un paseo
por las islas carceleras,
y después, entre bufeos,
lo apalea, lo fondea.
Nunca puse que fue Leo,
no hizo falta tu apellido,
pero todos dedujeron
que Leonardo era el occiso.
(Nota bene: con mi sello
lo del Conde se ha vendido.)

Te sugiero que lo leas
o quizás que lo releas,
si el vaivén no te marea,
si tu móvil es linterna.
En el piso de madera
ha caído ese relato
de mi traje Bond A4,
y sospecho que está intacto.

Asimismo hay muchos folios
porque, en pleno crematorio,
unas olas retumbantes,
del tsunami algún sobrante,
repelieron a las masas,
y corrieron como ratas
los amigos, la familia,

los obreros de la pira.
(Yo no supe de esta historia
mas Caronte hizo memoria.
Fue Caronte mi soplón
pues llegó con el fogón.)

Concluyendo este discurso
(tanto el mío como el suyo)
se lanzaba, en un clavado,
el señor de nombre Carlos
que apellida Yushimito.
Y el pantano, estanque, río,
mar, cloaca, riachuelo,
remontaba en zigzagueos,
dibujando zetas lácteas,
transitorias, momentáneas,
adornando con la espuma
estas aguas tan oscuras:
de café, la taza impura.

Y a medida que braceaba,
le crecían las escamas.